



Nanci de Paz Fernández (1950)

Estudió Magisterio en la Escuela Normal de León,
se especializó en Filología Inglesa.

Ejerció como maestra en varios lugares del Bierzo y Valdeorras.
Cursó estudios de Lengua y Civilización Francesa en la Sorbona y en
la Universidad de Angers, y de Lengua Inglesa en las
universidades de Limerick (Irlanda) y Reading (Reino Unido).

Obtuvo el Certificado Superior en francés, inglés y gallego
en las E.O.I. de León, Ponferrada y Ourense, respectivamente.

Montañera, santiaguera, viajera, ha recorrido montañas,
caminos y países por los cinco continentes

El Camino de Santiago en 1976: Siguiendo las huellas de los antiguos peregrinos

Los peregrinos, que otrora llenaban los caminos a Santiago, habían dejado de pasar, pero las leyendas en torno a ellos, permanecían en el imaginario colectivo y El Camino estaba ahí, llamándonos, esperando que alguien lo hollara de nuevo.

Eso pensamos nosotros cuando en julio de 1976 decidimos comenzar el Camino en Astorga, con un plan sucinto: 30 km diarios y los posibles lugares de parada.

Cargamos las mochilas con lo mínimo que podríamos necesitar para 10 días, sin olvidar el saco de dormir y ¡piernas a la obra!

Llegar hasta Ponferrada fue fácil, pues el trazado era el mismo que en la actualidad, aunque sin asfalto. Atardecía cuando los cuatro peregrinos entrábamos en Foncebadón. Los escasos pobladores nos miraron con cierto recelo, pero conocíamos al pastor del rebaño quién nos cobijó esa primera noche.

Por la mañana saludamos a la Cruz de Ferro, una sencilla estructura donde aún no había botas abandonadas. Dejamos nuestros pecados con la piedra que colocamos en el montón y seguimos hasta Ponferrada, localidad en la que en aquel momento vivían mis padres: parada y fonda.

A la salida nos alejamos en lo posible de la carretera nacional, siguiendo los caminos de pueblo en pueblo, según nos iban informando los amables vecinos. Mientras descansábamos en el jardín de Villafranca, nos encontramos con un peregrino madrileño que había salido ese mismo día de Ponferrada. Seguimos hasta Pereje y, antes de dormir, escuchamos atentamente las indicaciones para continuar hasta el Cebreiro. Nunca hemos olvidado la belleza de aquellos bosques. Pasada La Faba nos echamos a dormir la siesta en mitad del camino tapizado de hierba, hasta que un tractor nos despertó a punto de atropellarnos. Llegamos al Cebreiro a tiempo de visitar el santuario y charlar con D. Elías, que era ya una autoridad. Se alegró de vernos, le hacía ilusión que llegaran peregrinos a pie. Nos aconsejó sabiamente sobre la ruta a seguir, y cambiamos nuestro itinerario.

A día siguiente pernoctaríamos en Samos, donde los frailes nos permitieron quedar en la galería del monasterio.

Por lo que pudimos entrever en nuestras conversaciones con los lugareños, por allí las peregrinaciones a pie no llegaron a cesar por completo. En los pueblos no se extrañaban de vernos y estaban preparados para "dar posada al peregrino". Algunos coches paraban y nos preguntaban si necesitábamos algo. Se preocupaban por nosotros, nos ofrecían comida, no nos querían cobrar en las tiendas... Todo era muy familiar, aunque les parecía raro que hiciéramos la peregrinación sin estar "ofrecidos".

A parte de la incomodidad de tener que hacer muchos kilómetros por carretera y desandar el camino cuando nos confundíamos, por la falta de señalización, esa fue la mayor diferencia entre aquel camino y los que hemos hecho después. Ahora el peregrino es dinamizador de la economía local, entonces éramos huéspedes del pueblo. Otra gran diferencia fue la forma de realizar el Camino, sin ninguna presión. Nada estaba establecido. No había que llegar a ninguna hora a ningún sitio. Todo fluía, según el camino te llevaba.

En Paradela, el alcalde nos dejó la escuela para pasar la noche. Los vecinos opinaban sobre la ruta a seguir. Nos hablaron del camino que llevaba a Palas de Rei. Hartos de carreteras y cruces, elegimos esa opción sin pensar en las posibles intersecciones. Estábamos parados ante un maravilloso crucero, sin atrevernos a elegir entre dos senderos divergentes, cuando apareció un carro cargado de heno como si fuera el de la Reina Lupa llevando los restos del Apóstol. Siguiendo sus rodadas llegamos al destino, tras haber caminado 17 km más de lo previsto.

En las etapas finales nos cruzamos a otro peregrino, un joven francés que había salido de Roncesvalles ligero de equipaje (hasta llevaba recortados los mapas). Nos dijo que hacía unos 70 kilómetros diarios; regresaba de Santiago haciendo el camino inverso hacia su lugar de origen.

También nos adelantó un grupo de jinetes que venía desde Pamplona aprovechando la semana de San Fermín.

Pasamos la última noche en el aeropuerto de Lavacolla y temprano, hicimos parada obligada en la fuente, como todos los que nos precedieron en el Camino.

En la colina donde hoy se asienta el Monte del Gozo apareció majestuosa la meta de nuestro empeño. Sonaban las campanas en San Marcos.

Seguimos, ya imparables, sin ningún inconveniente para entrar en la catedral por la Puerta del Perdón con nuestras mochilas a la espalda. Sí, había gente, pero se accedía fácilmente al Pórtico de La Gloria. Conseguimos encajar los dedos en las huellas que los siglos han dejado en la columna del parteluz. Luego, suavemente, dimos los tres croques al santo pidiendo sabiduría, como hacían los estudiantes de Fonseca, y avanzamos orgullosos por la nave central hasta los primeros bancos para vivir la Misa del Peregrino. Cuando al final el botafumeiro sobrevolaba nuestras cabezas, nos sentimos livianos, flotando en las bellas imágenes del Camino que hacían olvidar las ampollas, las agujetas, los suelos duros, los cruces dos veces recorridos, ... hasta anular por completo cualquier sensación no placentera.

Al salir nos hicimos la foto en la fachada del Obradoiro, esa magnífica instantánea que todos repetimos cuando el Camino nos lleva con la misma ilusión que la primera vez.

